

*Necesidad y demanda social de la música chilena**

Existen necesidades y demandas reales y ficticias;
satisfacer las reales nos ayuda a crecer
y a vivir más felices; satisfacer las ficticias
nos ayuda a esclavizarnos y a morir más infelices

por
Gabriel Matthey

Primera aproximación

A comienzos de la década del 80 en Chile se suprimió oficialmente la educación musical como asignatura obligatoria en la enseñanza media, y en educación la básica se redujo sólo a dos horas semanales; *en Chile se promovió oficialmente el camino hacia el subdesarrollo y hacia el analfabetismo musical que sufrimos hoy día*; en Chile se enmudeció a generaciones completas, dejando un profundo vacío y silencio en nuestras almas, negándonos el acceso a una de las manifestaciones más elevadas del espíritu humano. Y las consecuencias son evidentes: hoy nos da vergüenza cantar, nos da vergüenza bailar, nos da vergüenza expresar nuestras emociones y sentimientos, *nos da vergüenza ser nosotros mismos*.

Resulta que *la música es un derecho humano; sin ella no se puede vivir*. Por esta razón, difícilmente se podrán encontrar países donde la música no tenga el lugar que se merece. Y si los chilenos hemos logrado vivir o sobrevivir en todo este tiempo, se debe simplemente a que nos hemos ido deshumanizando; es decir, hemos dejado de interesarnos (o tal vez nos hemos olvidado) de aquellos valores que nos hacen ser y sentirnos como seres humanos. Esto explica la tan aludida crisis de valores que existe en nuestro país. Es obvio, si dichos valores ya ni siquiera se los estamos transmitiendo a nuestros propios hijos.

Así, entonces, una primera respuesta al tema planteado, es que *la necesidad social de la música, no es ni más ni menos que la necesidad social de ser o no ser humanos*. En otras palabras, se trata de una necesidad vital, pues, tal como se dijo antes, *sin la música no podemos vivir como seres humanos*. Y una segunda respuesta, tan importante como la primera, es que no puede existir una demanda sobre aquello que no se conoce. Vale decir, si hoy en Chile somos víctimas de un analfabetismo musical, es imposible que exista una demanda musical. *Sin educación (transmisión) de la música, no puede haber ni demanda ni vida musical en nuestro país*.

Segunda aproximación

En Chile somos muy buenos para hacer elucubraciones y abstracciones sobre cualquier tema. Nos encerramos entre cuatro paredes, nos sentamos alrededor de

*Ponencia leída en el Seminario "Situación de la música clásica en el Chile de hoy", realizado en el Centro Cultural Montecarmelo, Santiago de Chile, en julio de 1994.

una mesa y empezamos a desarrollar nuestras teorías. Y así somos capaces de hablar de los problemas nacionales y de sus soluciones, sin siquiera conocer en el terreno cuál es nuestra verdadera realidad. No nos damos el trabajo ni de observar ni de experimentar en vivo lo que de verdad está ocurriendo. Y con este procedimiento *hemos sido capaces de crear un Chile conceptual, de ficción, que poco o nada tiene que ver con el Chile real*. Y así se nos pasa la vida buscando soluciones a problemas que en realidad no existen, que muchas veces son producto de nuestra imaginación o de nuestras especulaciones intelectuales de entre muros. Naturalmente, esta forma de proceder dista mucho de parecerse al método científico; más bien se parece al así llamado "realismo mágico" de nuestras novelas latinoamericanas.

El Chile ficticio es el Chile construido intelectualmente entre los muros del gran Santiago, desde un centralismo institucionalizado en los colegios, universidades, medios de comunicación, organismos gubernamentales y no gubernamentales, etc. *El Chile ficticio es una figura inventada desde Santiago, que poco o nada tiene que ver con la realidad (vida cotidiana) de nuestro país*. Decir que *Santiago es Chile*, es el mejor reflejo del centralismo mental que nos afecta, cuando, al contrario, en gran medida ocurre que *salir de Santiago es entrar a Chile*.

Esta situación nos hace vivir en un doble estándar, donde existe una versión oficial de los acontecimientos y una versión real, que inevitablemente nos confunde, nos llena de contradicciones e inseguridades y, en definitiva, nos hace ignorar lo que somos y lo que nos pertenece. *El doble estándar impide que Chile se conozca a sí mismo, impide que Chile se exprese a sí mismo, impide que Chile se asuma y se quiera a sí mismo*. El doble estándar nos hace ser una sociedad bastante reprimida e hipócrita, donde sentimos una cosa, pensamos otra, decimos otra y finalmente hacemos otra; es decir, vivimos en un constante engaño y autoengaño.

¿Cómo podemos saber entonces cuáles son realmente las necesidades y demandas sociales de nuestro país, respecto a la música o cualquier otra materia, si estamos inmersos en un doble estándar de vida que oculta al verdadero Chile y nos mantiene enajenados de nuestra realidad?

La solución parte por "despertar", reconocer y tomar conciencia de este obstáculo. Luego tenemos que querer superarlo, para lo cual es fundamental desarrollar una capacidad de autocrítica, de abertura, de sinceridad y de real disposición al cambio. En seguida, aunque parezca de Perogrullo tener que decirlo, cada uno tiene que disponerse a realizar, en el terreno y sin intermediarios, *su propio "descubrimiento de Chile"*, su propia superación del centralismo mental y del doble estándar que nos impide conocer la auténtica realidad de nuestro país. Dado este paso, se podrá descubrir y reconocer que *en Chile existe una gran diversidad cultural*. La realidad del Norte Grande es muy diferente a la realidad del Norte Chico, de la Zona Central, de Isla de Pascua, del Sur, de Chiloé, de la Patagonia. Esto quiere decir que cada región tiene sus propios problemas y sus propias soluciones; *cada región tiene sus propias necesidades y demandas musicales*; cada región tiene sus propias respuestas al tema aquí planteado. *Las necesidades y demandas musicales dependen de las culturas locales* y, por lo tanto, si realmente deseamos levantar a nuestro país, Santiago no puede seguir arrogándose el

derecho a decidir lo que a cada región, con toda razón, le corresponde decidir por sí misma.

Tercera aproximación

La cultura, entendida en un sentido amplio, es la memoria colectiva, es el carácter, es la forma de pensar, de sentir y de hacer de los pueblos. Sin ella se pierden las referencias, se pierde aquello que es propio, se pierde el sentido de pertenencia, aquello que identifica y hace diferentes a los pueblos entre sí, aquello que justifica la existencia en función de lo que a cada pueblo le corresponde aportar. La cultura, entonces, no puede estar ausente: ella es el oxígeno que necesitamos para respirar y vivir como seres humanos que somos.

La identificación con algo, es un soporte psicológico muy necesario para cualquier ser humano; es reconocerse y reconfirmarse a sí mismo, es verse proyectado o vinculado de alguna manera con el hábitat donde uno vive, es sentirse perteneciendo al lugar, es una necesidad fundamental que tenemos los seres humanos para encontrarle sentido a las cosas, para motivarnos, comprometernos y mantener en alto nuestra autoestima.

La música es una manifestación humana que tiene diferentes niveles de acción. Uno de ellos es la posibilidad de sintetizar la cultura de donde surge. También tiene la capacidad de penetrar en lo más íntimo del ser humano, interviniendo en su estructura interna y, con ello, incorporando cultura a quienes la escuchan. Por esta razón, cuando la música logra reflejar a una cultura, ella se transforma en una poderosa fuente de identificación, cuya energía es capaz de levantar, animar, guiar y mover a un pueblo completo. De allí que *la necesidad y demanda social de la música, esté en relación directa con el grado de identificación que ella logra causar en sus auditores.*

Cuarta aproximación

De acuerdo a lo anterior, *si no hay necesidad y demanda por escuchar música chilena, es por que ella no nos identifica, o bien por que ella no es un reflejo de lo que es nuestra cultura.* Con matices más o matices menos, ambas razones explican en parte nuestra cuestión. No obstante, el problema de la identidad en nuestro país es un tema demasiado recurrente, sospechosamente recurrente, que por ese sólo hecho deja al descubierto la respuesta. Resulta que en Chile, dentro de la diversidad cultural que nos caracteriza —aunque no se reconozca oficialmente así—, sin lugar a dudas que tenemos una identidad propia. Y ello se puede comprobar hasta en los más mínimos detalles: en Chile tenemos una determinada forma de hablar, de vestirnos, de caminar, de comer, de mirar, de relacionarnos, etc., que claramente nos identifica y diferencia de los demás; sin embargo nos resistimos a aceptarlo y a reconocerlo. *El problema de Chile no es un problema de identidad, sino de complejos, de vergüenza, de no querer reconocer y asumir lo propio.* Y es muy probable que sea este complejo, esta vergüenza, lo que nos ha llevado a crear un Chile ficticio, a proyectar una imagen que no nos corresponde, a mostrar una fachada de tarjeta postal, a aparentar ser lo que no somos. El recurrente cuestionamiento de nuestra

identidad, no es más que un recurso intelectual para esconder nuestros complejos, nuestra vergüenza. El doble estándar, la cultura oficial, donde todo funciona bien, es otra prueba de que no queremos reconocer ni asumir nuestra cultura real, aquella que brota espontáneamente, día a día, de nuestra vida cotidiana.

De allí entonces que no nos interese la música chilena, si en general *nos interesa muy poco todo lo nuestro*. Por dar un solo ejemplo: a pesar de los años, todavía insistimos en querer ser los "ingleses de América". *Chile ignora a Chile*. Y esto no es una tesis: es una realidad que cada uno puede comprobar en cualquier parte y con cualquier persona; basta con salir a la calle y preguntarlo. Ignoramos nuestra geografía, ignoramos nuestra historia, nuestra diversidad cultural, nuestras costumbres, nuestro arte, nuestra música, etc. Aquí sabemos más de Europa o Estados Unidos que de Chile; *aquí sabemos más de afuera que de adentro*. *Nuestro centro está afuera; es decir, somos un país descentrado, un país que vive fuera de su contexto, constantemente negándose a sí mismo y reivindicando su origen colonial*.

Y esto es un problema de todos, de nuestra idiosincrasia, cuya solución parte por *implementar una educación que esté comprometida e involucrada con lo propio*. Y obviamente que esto también afecta a los artistas y músicos chilenos. Por ello, no es de extrañarse que en Chile todavía sea difícil hacer un arte que nos identifique, y cuando existe nos cuesta enormemente aceptarlo. Por ejemplo, en el campo de la música, el caso típico es Violeta Parra, cuya obra es de la más pura cepa chilena, pero nosotros aún estamos muy lejos de querer reconocerlo, valorarlo y asumirlo. Lo más probable es que, una vez más, desde afuera nos enseñen a hacerlo, tal como ocurrió con Gabriela Mistral y tantos otros.

Quinta aproximación

Pero lo anterior ocurre principalmente en Santiago, pues a nivel regional, a nivel de las culturas locales es muy diferente. Resulta que, por ejemplo, los chilotes se identifican plenamente con su música. Igual cosa ocurre con los nortinos, con los pascuenses o los colchaguinos. Y así volvemos a lo mismo: una vez más el problema está en Santiago, porque es en Santiago donde no se quiere reconocer lo propio; es en Santiago donde se fabrica una cultura oficial que da lugar al doble estándar que tanto nos confunde y nos perjudica. *Es desde el centralismo santiaguino de donde se trata de uniformar a nuestro país, imponiéndole una cultura que es totalmente ajena y que, por lo tanto, es imposible que identifique a las regiones*. ¿Qué sentido tiene que se decrete a la cueca como baile nacional, si en Antofagasta no existen ni los huasos, ni los caballos, ni las monturas y ni las espuelas? Verdaderamente ello resulta forzado, cursi, absurdo y muy lamentable. Más todavía si en el norte existe una enorme riqueza folclórica que le es propia y que sí los identifica. Pero es así como se impone lo ajeno y se impide a la cultura local expresarse a sí misma. Es así como se reprime a nuestro país, región por región, cultura por cultura, persona por persona. Es así como, necesariamente, se crea la desconfianza en lo propio, la inseguridad en sí mismo, la vergüenza, los complejos, el temor al ridículo. Es así como *se crea la necesidad de copiar e imitar ciegamente lo extranjero*, haciendo de Santiago un gran centro de copia: un gran centro colonial en pleno siglo XX.

La necesidad y demanda social de la música no parte por la música nacional, sino regional, evidentemente. Y aquí es importante aclarar que la idea de Nación es muy atendible desde un punto de vista geopolítico, pero no desde un punto de vista cultural. De hecho en Chile hay culturas locales que traspasan las fronteras políticas y se confunden con la de los países vecinos, como es en el caso del Altiplano del Norte o de nuestra Patagonia del Sur. Es más, desde un punto de vista cultural, Chile sólo puede entenderse en el contexto Latinoamericano: tenemos historia común, tierra común, lengua común, problemas comunes, futuro común. Y en todo caso, sea más allá o más acá de los Andes, si realmente queremos salvar nuestra cultura chilena, debemos partir por aprender a convivir en la diversidad, respetando las culturas locales; debemos entender que la unidad no está en el camino fácil y evidente de la uniformidad, sino en la rica diversidad que caracteriza a nuestro país. Y el día que reconozcamos esto, recién estaremos descubriendo a Chile, recién nos estaremos dando cuenta de que tenemos una mina de oro inexplorada, recién nos estaremos dando cuenta de que, en el campo de la cultura, no hemos sabido aprovechar para nada nuestros recursos humanos y nuestras ventajas comparativas.

En este sentido, es importante destacar que el proceso de regionalización iniciado en Chile hace unos años atrás, en la medida que se traduzca en una efectiva descentralización, puede tener una enorme trascendencia no sólo en el ámbito económico, sino también en el ámbito social y, especialmente, en el ámbito cultural.

Sexta aproximación

Respecto al problema específico de la música, todo lo dicho anteriormente se refiere en gran medida a la música referencial; es decir, a aquella música construida en base a referencias externas, a través del uso del texto, de las citas, de los símbolos, etc. Se trata de una música que es producto y reflejo de la cultura local, lo cual se da principalmente en la música folclórica y popular, y, en menor medida, en la música clásica o docta, que tiende más bien a ser autorreferencial. Luego, al menos en Santiago, *difícilmente se puede esperar una necesidad y demanda de la música clásica chilena, si ni siquiera existe interés por nuestra música folclórica y popular.* Y aquí es importante precisar una cosa: resulta que *la música clásica chilena es principalmente "música de Santiago"*, y, a menos que ella adquiera un valor universal, creer o esperar que vaya a tener la fuerza como para lograr identificar al resto de nuestro país, es ser bastante pretenciosos e ilusorios: es caer, una vez más, en el centralismo santiaguino donde creemos ser los dueños y señores de la cultura chilena.

Ahora bien, en el caso particular de la música clásica o docta, aunque se trate de un mundo sonoro autónomo, puro y abstracto, sin ninguna relación aparente con la realidad externa a ella misma, el problema es el mismo pero ocurre en otro plano. En efecto, la música es una manifestación humana y, por lo tanto, necesariamente está relacionada con el ser humano. Entonces, al tratarse de música pura, prima lo más esencial: emociones, sensaciones, pensamientos e ideas que apuntan a lo permanente, a lo más espiritual que hay en nosotros. Y por esta

razón, la música autorreferencial, clásica, docta, o comoquiera llamársele, puede llegar a calar en lo más profundo de lo humano, identificándonos ahora con nuestra propia esencia, con nuestra propia naturaleza, indistintamente de las coordenadas espaciales y temporales donde estemos ubicados. A este nivel, por supuesto que ya se trata de música universal, donde el carácter nacional es totalmente superado e incluso pierde sentido. Entonces, *las necesidades y demandas sociales de la música universal, vengan de donde vengan, son también universales.*

Pero en este caso, como suele ocurrir, existe un gran desfase entre el artista y el público. En la historia del arte ha quedado demostrado: las obras han adquirido presencia mucho tiempo después de que el compositor haya fallecido. Y resulta que en Chile la mayor parte de la música clásica se ha escrito este siglo, es decir, es relativamente reciente. Además, ella ha tenido una mínima difusión, pues aparte de ejecutarse pura música europea —como en el tiempo de la colonia—, el repertorio musical de los conciertos está atrasado en 100 años. En efecto, en materia musical la sociedad chilena todavía vive en el siglo XIX, aunque el siglo XXI ya esté a punto de llegar. Por esta razón, *con el nivel de educación, atraso y analfabetismo musical que tenemos, no puede existir necesidad y demanda ni por la música clásica chilena ni por la música clásica universal del presente siglo.*

Séptima aproximación

Ahora bien, a pesar de todo lo dicho anteriormente, casi por un instinto de supervivencia, *las necesidades y demandas sociales se han ido adaptando a las circunstancias con una total y preocupante docilidad.*

En el Chile de hoy se ha instalado una verdadera dictadura del mercado y del consumo, y todo está girando en torno a ello como si se tratara de una religión. La música popular ha ido perdiendo el vínculo con nuestra cultura y se ha ido transformando en música eminentemente comercial, vale decir, en música que es regulada por el mercado, donde la creatividad se reduce a la mínima expresión, bastando tomar ciertos modelos estandarizados que aseguran la aceptación del consumidor y, por lo tanto, la venta del producto. De esta forma, la necesidad de escuchar música ya no es una necesidad de identificarse con lo propio ni menos de fortalecerse como ser humano. No, ahora se trata de algo mucho más simple y directo: se trata de una necesidad de consumir. Así, la música se ha transformado en uno de los mejores negocios del mundo, puesto que se la está utilizando como una droga, cuyo consumo sólo incita a consumir más y más, con lo cual, en vez de ayudar a la persona a sentirse más humana, en vez de ayudarla a insertarse dentro de su propia cultura y proporcionarle un soporte psicológico, la está destruyendo, la está enajenando de su cultura, la está transformando en un ente consumidor sin identidad, sin personalidad, donde todo se confunde, donde todo se masifica, donde la sociedad deja de ser sociedad (humana) y se transforma en una masa consumidora, donde la diversidad se transforma en uniformidad, donde se pierde la libertad, donde las necesidades y demandas son manejadas por el propio mercado y los seres humanos pierden todo espacio real de participación, transformándose en esclavos.

Y la dictadura del mercado hace de las suyas, operando desigualmente. Se

justifica su acción en base a la *libertad de expresión*; sin embargo, esa es sólo una cara de la medalla; pues el auditor también tiene derecho a la *libertad de audición*; es decir, también tiene derecho a elegir. Para ello, en primer lugar se necesita educación, de tal manera que el auditor tenga sensibilidad, cultura musical y capacidad de discernir; y, en segundo lugar, los medios de comunicación necesariamente tendrían que ofrecer un espectro de música amplio, diverso, evitando la uniformidad y la poco variada música comercial, que sólo consigue aplanar y empobrecer al auditor, haciéndolo cada vez menos exigente y más sometido, con lo cual la calidad de las necesidades y demandas van automáticamente degradándose y, con ello, la calidad de la oferta.

Y valga la siguiente aclaración: *la música, cuando es arte, no puede reducirse a un bien de consumo, no puede reducirse a un simple producto desechable. La música es en realidad un "bien de incorporación", pues penetra en el ser humano y queda registrada en su memoria. Ella no se consume, sino que sigue viva, sigue alimentándonos y retroalimentándonos en base a las interacciones y reacciones que ocurren internamente, gracias a nuestra memoria auditiva. La música, lejos de consumirse en nuestro interior, vive, crece, se multiplica y nos hace crecer.*

Últimas aproximaciones: a modo de conclusiones

1. Chile está enfermo emocional y espiritualmente. Chile es un país que se está deshumanizando poco a poco, olvidándose de su cultura, de sus valores, de sus verdaderas necesidades y demandas. Nos estamos desarrollando y enriqueciendo materialmente, pero subdesarrollando y empobreciendo espiritualmente. Es urgente entonces corregir el rumbo, reconociendo que el principal recurso que tenemos es el propio ser humano, asumiendo que la principal empresa que debemos llevar a cabo es la educación, comprometiéndonos a trabajar por un desarrollo integral, lo más armónico y equilibrado que nos sea posible, donde realmente podamos vivir y evolucionar como seres dignos y humanos que somos.

2. El problema de la música no es sólo un problema de los músicos, sino de toda nuestra sociedad. Y no se limita sólo a la música, como un caso aislado, sino que es un problema cultural generalizado, de fondo, que abarca a todas las disciplinas, y que debe resolverse a partir de una política cultural y un plan de desarrollo integral, donde todos debemos colaborar y trabajar para salir adelante.

3. Es hora de superar nuestra mentalidad colonialista, donde todo lo nuestro lo subestimamos y todo lo extranjero lo sobrestimamos. Es esta actitud la que constantemente nos está autodestruyendo y nos impide ser, reconocer y asumir lo propio. Santiago continúa siendo una colonia que trata de colonizar al resto del país, sin dejar que los propios pueblos y regiones sean los que manifiesten sus verdaderas necesidades y demandas.

4. Vivimos en un mundo globalizado frente al cual no se puede permanecer al margen; sin embargo, como reacción lógica de defensa al hábitat y a la escala humana, las culturas locales y las etnias están resurgiendo con más fuerza que

nunca. Por esta razón, Chile debe reconocer su diversidad cultural y debe descentralizarse, respetando a las culturas locales. Es hora de entender que en el nuevo orden mundial la relación entre los pueblos es de reciprocidad e interdependencia y cada lugar debe sustentarse en su cultura local. Es hora de entender que el centro se ubica en el lugar donde uno vive y desde allí se proyecta e interconecta con el resto del mundo: la cultura universal parte por la cultura local. No es posible que Chile se esmere en comunicarse y en conocer al resto del mundo, mientras internamente estamos incomunicados y consumidos en la ignorancia de lo propio.

5. Sin una educación musical que parta por respetar las culturas locales, siguiendo el orden lógico de respeto a lo más propio y cercano, es muy difícil que se logre despertar una sensibilidad e interés real por la música clásica. Ella siempre resultará como algo ajeno, forzado, impuesto desde afuera, como un arte de élite y un excelente caldo de cultivo para el esnobismo.

6. La práctica musical desde la infancia es la mejor forma de asegurar una vida musical auténtica y sustentable, es la forma más efectiva de superar nuestro analfabetismo musical. En este sentido los compositores tenemos una gran deuda: debemos hacer música para los niños.

7. Es fundamental que los propios músicos chilenos conozcamos la música chilena y latinoamericana. Hasta ahora —al menos en nuestro país—, la música clásica, popular y folclórica han estado muy separadas y desarticuladas entre sí. La solución parte entonces por superar nuestra interignorancia, buscando un equilibrio entre los espacios de difusión y audición de las diferentes manifestaciones musicales.

8. Tal como ocurre con la investigación científica, la creación musical es una forma de investigar y de avanzar en el conocimiento del universo de la música, contribuyendo al progreso de ella. Sin esta práctica nos quedaríamos estancados y la música se reduciría a la aplicación y repetición de fórmulas conocidas, con la inevitable consecuencia de su empobrecimiento. Por ello, si el país quiere estar vivo musicalmente, debe conocer la música contemporánea. Es urgente, entonces, difundir la música clásica del siglo XX, incluyendo a la música chilena en igualdad de condiciones. De lo contrario, cada día nos quedaremos más atrasados.

9. El comercio y el mercado son actividades muy importantes cuando operan al servicio del ser humano; de lo contrario, pueden causarnos un enorme daño reduciendo al ser humano a un ente productor-consumidor y, a la sociedad, a una masa de consumo empobrecida por su pasividad y uniformidad.

10. La solución del problema parte por reencontrarnos con la cultura chilena en su diversidad y por educar a las personas respetando el contexto en que ellas viven. La cultura es lo que cada pueblo crea, siente, piensa y hace. El arte es una misteriosa y poderosa manifestación humana que nos permite reconfirmarnos y dignificarnos como tales. Entonces, si realmente queremos crecer y tener una vida

más humana y feliz, no perdamos el tiempo trabajando por satisfacer necesidades y demandas ficticias; hagámoslo más bien por nuestras verdaderas necesidades y demandas, para lo cual es fundamental que cada pueblo se exprese a sí mismo, sabiéndonos escuchar, sabiéndonos comunicar, sabiéndonos respetar, valorar y querer.